

<https://www.republica.com/universo-infinito/2018/11/15/francisco-umbral-once-anos-despues-de-irse/>



Universo infinito



Francisco Umbral once años después de irse (I)

RAMÓN TAMAMES | 15/11/2018



En la foto, Francisco Umbral abajo a la derecha, y en esa misma dirección Ramón Tamames, Antonio Buero Vallejo y Fernando Rey

Martes y 13, de noviembre, día de mucha suerte, a pesar de los maleficios. Y en la UAM, tuvimos un homenaje al escritor Francisco Umbral, con el sugestivo título de “Paradigma de una época”. Un seminario muy bien trabajado, que presentó Margarita Alfaro (Vicerrectora de la UAM), y al que incorporó gran sutileza Bénédicte de Buron Bru (UPPA). Ana Valencia (Fundación FU) fue la entusiasta organizadora, y Juan Carlos Gómez Alonso (UAM) un buen colaborador para todos los detalles.

El elenco del *dramatis personae* del acto en la UAM lo completó España, la viuda de Umbral, Presidenta de la Fundación que dedica su actividad al recuerdo y enaltecimiento de quien fue su marido en vida. Y al que España, a quien yo siempre he llamado *Spain*, tiene la dedicación propia que Santa Teresa tuvo a la divinidad en el célebre soneto que se le atribuye: “No me mueve Dios, para quererte...”.

En esa sesión tuve el honor de participar junto a la siempre sugestiva Carmen Rigalt, el erudito Emilio Blanco, la tesinanda china Li Zhuoqun. Todos nosotros, moderados por Manu Llorente, Jefe de Cultura en el diario *El Mundo*, que hizo preguntas sagaces, con contestaciones muy lucidas en mi opinión.

En ese encuentro, subrayé que Paco Umbral es uno de los pocos escritores que echamos de menos cada día que pasa. Como también, personalmente, echo de menos a Pío Baroja, pero de quien tenemos ocho volúmenes de sus *Obras completas*, de conversaciones inacabables. Y de gran valía en novelas como *Los amores tardíos*, *El gran torbellino del mundo*, *César o nada*, *El cura de Monleón*, etc. Y conste que Paco y yo hablamos mucho de Pío Baroja, con posicionamientos muy diferentes, yo mucho más favorable al príncipe meditabundo de la generación del 98, y él bastante crítico de la manera de escribir de Don Pío, un poco a su patalallana.

A Paco se le echa de menos también por su presencia física, casi siempre solemne, y su voz impostada —no hubo otra mejor, sólo tal vez la de Félix Rodríguez de la Fuente—, con su figura esbelta. En invierno con un abrigo azul largo, sólo comparable al del *Predicador*, en la representación que del mismo hizo el conspicuo Clint Eastwood.

Con su cabeza bien modelada y sus densas gafas por las que veía el mundo, en sus escritos transformaba todo lo visual en agudas observaciones. Ribeteadas, tantas veces, de escepticismo, haciéndose el snob que nunca lo fue. Y rematando con críticas a veces implacables a determinados personajes. Como le sucedió en su novela *Leyenda del César visionario*, donde castigó a Pedro Laín por exceso de meditabundo. En tanto que en sus artículos en *El Mundo*, lo hizo, con grande y vistosa desfachatez, con Agustín Rodríguez Sahagún, el

alcalde del CDS, *Pelopincho*, cuyos pensamientos dijo el gran Paco “surgían como escarpas de su reverenciable testa”.

Paco Umbral fue y sigue siendo una institución. Y en vida siempre lo hizo valer, sobre todo en aquella entrevista televisiva, en la que perezosamente participó, hasta llegar el momento en que exigió que se hablara de su último libro, que era a lo que él había ido. Y como no se habló lo suficiente de su obra, como en las obras de Shakespeare, *exit*, se fue casi tan chulo como un ocho, el inventor del cheli.

También recuerdo que una vez en el Casino de Madrid, el de Alcalá 15, no el de Torrelodones, en una conferencia que dio a las cinco de la tarde, ya muy avanzada la calurosa primavera, un servidor llegó tras una comida copiosa, y se quedó dormido como un bendito: con gran alegría de la televisión, que me enfocó en tres posiciones diferentes, a cual más en brazos de Morfeo. Y al vernos tras el onírico trace, Paco me dijo filosóficamente:

- Ramón, ¡qué bien me has dormido esta tarde! Es lo que tiene la literatura a ciertas horas...

Paco era un personaje de su propia vida, y la pena es que no nos haya dejado unas verdaderas *Memorias* (sólo retazos de ellas), con todo lo que de vivo y mundano desfiló en su vida. Desde cuando era un *muchachito de Valladolid* que llegó al *Café Gijón* en busca de El Dorado literario, hasta conquistar el Premio Cervantes, después de haber sido Príncipe de Asturias. Ocasión esa última en que nos llevó a Carmen Prieto-Castro (mi *Santa*, como decía el propio escritor) y a mí a la Vetusta de Clarín –luego hablaremos de él—, configurando así tres invitados de verdadero postín: el Dr. Portera, su médico particular, Stampa, su abogado supongo que para derechos de autor y otros menesteres, y su economista que era un servidor, Ramón Tamames, para consultas ocasionales como por dónde iban el PIB y esas fruslerías tan escasamente literarias.

Ojalá que las tesis doctorales que están haciéndose ahora sobre Paco sean como unas *Memorias*, y rememoren la vida del gran escritor. De quien en un homenaje a su persona en vida, en la UCM-El Escorial –estando a mi lado Fernando Fernán Gómez, el del *Viaje a ninguna parte*— dije sin más pensarlo: “La mejor novela de Paco está por escribir...”. Ante lo cual, Umbral no ocultó su desazón, y entre otros títulos, en su réplica salió *Mortal y rosa*. Como en la UAM hace pocos días salió *Un ser de lejanías*, como *opus magna* del gran Paco, en palabras de la especialista Beatrice Buron Brun. Quien dijo también que muchos artículos umbralianos tenían musicalidad. Tal vez un tanto barroca, como sucede en el concierto para clarinete y orquesta de Wolfgang Amadeus.

Las frases e identidades de Umbral han pasado, algunas, al lenguaje habitual. Así recuerdo tras una sesión que tuve en la Universidad Libre de Berlín, el 20 de noviembre de 1975, que los obreros españoles nos invitaron al Prof. Ignacio Sotelo (mi anfitrión) y a mí, después de la sesión académica, a participar en una gran fiesta que estaban preparando para celebrar la muerte de Franco. Pero Ignacio y yo preferimos irnos a cenar tranquilamente, por aquello de no celebrar ninguna muerte. Además, a pesar de muchos héroes de la oposición que sufrieron cárceles y otras miserias, Franco murió en la cama, y como diría después Francisco Umbral: “¡Le matamos de muerte natural!”.

También Paco tuvo una designación para el puente laboral del 6 al 8 de diciembre, que antes se llamaba *de la Purísima* (con la fiesta de la Ley de Leyes el 6 de diciembre), y que él pasó a denominar, por aquello de la Constitución el día 6, el “puente de la Inmaculada Constitución”.

En la Transición oí varias lisonjas sobre mi persona, de gente muy distinguida. Y entre ellas, citaré la de Fernando Abril Martorell, que como vicepresidente del Gobierno, cayó en una política económica de *gota a gota*, del más puro día a día. Yo se lo critiqué, y como me tenía en alta estima, y además éramos vecinos de bloque en el madrileño distrito de Chamartín de la Rosa, me replicó. Y al final dijo: “Ramón, tú eres el lujo del PCE...”.

Y al respecto también recuerdo algo parecido, de cuando unos meses antes, en un artículo que Francisco Umbral escribió para el *Playboy*, versión española, dijo de mi persona: “Ramón Tamames, príncipe del PCE”.

<https://www.republica.com/universo-infinito/2018/11/21/francisco-umbral-once-anos-despues-de-irse-y-ii/>



Universo infinito



Francisco Umbral once años después de irse (y II)

RAMÓN TAMAMES | 21/11/2018

El pasado jueves 15 de noviembre publicamos la primera parte de este artículo, que es una especie de homenaje a Francisco Umbral, a propósito de la estupenda sesión de trabajo que tuvimos en la UAM el martes 13 en la UAM, con un elenco formidable, que ya cité en la primera entrega de este escrito.



Un Paco Umbral jovencísimo con una bellísima España, bailando en la más tierna juventud: ¡qué hermosos recuerdos!

La segunda parte de mi personal homenaje a Paco Umbral, Paco le llamábamos todos, es una selección de textos como ahora se dice en los comentarios literarios universitarios. Dos textos muy significativos, por lo demás, porque el primero es de Ramón Tamames sobre Francisco Umbral, a propósito de uno de los mejores libros de nuestro autor, *Los helechos arborescentes*. En tanto que, después, viene lo que Umbral escribió sobre Tamames, a propósito de la novela de éste, *La segunda vida de Anita Ozores*, que se tiene como segunda parte de *La Regenta* de Clarín.

He repasado esos escritos, no he tocado ni una coma, sólo he hecho una selección para abreviarlos, y hacer posible una lectura no demasiado larga. De lo que estoy seguro es que los lectores verán que Paco me apreciaba tanto o más de lo que yo le apreciaba a él.

Ramón Tamames sobre Francisco Umbral en *Los helechos arborescentes*

Los helechos arborescentes es uno de los mejores «umbrales» para entrar en un reino de luces y sombras, asegura el economista y escritor Ramón Tamames en el prólogo del libro. El Premio Cervantes y columnista de *El Mundo* se interna por la retaguardia

de la «España nacional» de la mano de un personaje intemporal, llamado Paquito o Francesillo.

«Inmensos bosques de coníferas y helechos arborescentes cubrían los continentes, purificando la atmósfera de anhídrido carbónico». Con esas paleontobiológicas palabras da comienzo la novela de Umbral del mismo título, que nos conecta al hoy tan traído y llevado Protocolo de Kioto; con el cual pretende preservarse a la sociedad consumista del calentamiento global evitando la acumulación de CO₂. El mismo gas que ya absorbían, hace millones de años, aquellas formaciones vegetales, que de ese modo empezaron a crear el aire que respiramos.

Entre los helechos arborescentes de Umbral, todo es un ir y venir de figurantes en viaje a ninguna parte como seguramente habría subtítuloado Fernando Fernán-Gómez, en un flujo de recordatorios, residuos oníricos, ensueños del día a día, mezclando lo más intimista con el universo mundo, que cabría decir no sin cierta petulancia. Se produce así una sucesión de trances y conexiones históricas que en su fluir trae a la mente las prosas sugestivas de Camilo José Cela en *La Colmena* y de Juan Goytisolo en *Señas de identidad*.

En el pasar de las páginas, desfilan en el libro falangistas valerosos, alemanes de la Legión Cóndor, muchos más moros que Muza, regulares del Rif, señoritas bien y alféreces provisionales; los célebres estampillados, carne de cañón frente a los milicianos, y viceversa, que Rafael Alberti cantara en sus versos al Quinto Regimiento.

Tan amplio y vivaz elenco desfila por el bar Cantábrico de Pucela, donde se habla y se gesticula sin fin, en tertulia inacabable. En la cual echamos de menos en esta ocasión allí estaría en otro libro de Umbral, *Leyenda del César visionario* a Pedro Laín Entralgo y a Ramón Serrano Súñer.

El tono de la novela presenta casi siempre una alta vivacidad, incluso en sus momentos de mayor surrealismo, que nos traen a la memoria la *Giulietta* de los Espíritus de Fellini. Así sucede, por ejemplo, en el viejo palacio extraurbano antes aludido, por el cual, al convertirse en hospital de guerra, desfilan, en estratos temporales superpuestos, las fantasmagorías de las guerras carlistas, de Cuba, de África, y de la mal llamada ya vimos por qué de liberación; en una mezcla de corifeos que pernoctan, fornican y mueren, para configurar así un auténtico retablo ibérico de vastas proporciones. Cuyo sentido genérico nos lo da el propio Francisco Umbral, al enunciar su forma de narrar entre nebulosas de niñez y edad núbil: «...La novela de mi tiempo contada por entregas, lo que iba pasando cada día, la Historia de España, que me llegaba asordada y un poco tardía, porque había despertado yo de pronto a algo así como la conciencia histórica, la noción de presente, lo que estaba pasando, y había hecho ese descubrimiento

elemental y esencial de que la Historia está ocurriendo en torno, de que la catedral del tiempo se erige a nuestro alrededor, algo así como la pasión política y la pasión aventurera al mismo tiempo».

A la postre, Los helechos arborescentes son un paginario con mucho de ritornello; o de eterno retorno a lo Nietzsche. Lo que Vds. prefieran. O mejor, lo que Vds. resuelvan después de haber traspasado este volumen, que sin duda es uno de los mejores umbrales para entrar en un reino de luces y sombras.

Umbral sobre Ramón Tamames: La segunda vida de Anita Ozores

Gran lector de la novela universal, Ramón Tamames, novelista él mismo, decidió un día rendir homenaje y sacar provecho a una de las ficciones que más le han fascinado dentro de la literatura española, la de Leopoldo Alas, Clarín, el gran escritor entre dos siglos que se consagra ante todo por su novela La Regenta, crónica de una época, drama de una vida y denuncia absoluta de una sociedad. Por todos estos valores, más los literarios, naturalmente, La Regenta es un clásico del postromanticismo y el tardorrealismo español.

Podríamos preguntarnos, en principio, por qué Tamames ha preferido la novela al ensayo o la investigación, géneros que parecen más acordes con sus actividades. No sabemos por qué, pero a mí me parece que la escritura creativa es quizá el procedimiento más buido para penetrar en otra escritura, con lo que llegaríamos al tema de la intertextualidad. Capricho, inspiración o reflexión, la idea de continuar La Regenta en una segunda parte, no diríamos si paralela o sucesiva, le permite al autor no sólo esta introspección analítica en el libro sino, insólitamente, el desarrollo de una nueva novela que se nutre en principio de la literatura, con lo que estamos ya en la pura literareidad de nuestro tiempo.

La Anita Ozores de la segunda parte, nace y se alimenta de la anterior, pero Tamames, en un último e inesperado giro de tuerca, salta de la literatura a la vida para darnos, con ambición y bizarría de novelista adolescente, un fresco de la sociedad de la Restauración y aledaños. Así, al primer acierto o audacia de escribir otra Regenta, tan descomedido como escribir otro Quijote, se añade el hallazgo de pasar de la literatura a la vida, y aquí sí que aparece el Tamames sociólogo, historiador, conocedor profundo y apasionado de la vida y la política españolas. Con todos estos elementos ha forjado su libro.

Puesto a jugar a las audacias y a llevar su novela hasta las últimas consecuencias, en cuanto a resurrección de un texto con nuevas posibilidades, Tamames no duda en poner en pie a Clarín, incorporarlo a su novela, hacerle contertulio de Anita Ozores, de la que quizá, incluso, se enamora. Esto del autor enamorado de su heroína en un plano de realidad literaria o de literatura realista es lo que en otro momento hubiéramos

llamado vanguardia y, de hecho, sólo a partir de Pirandello se juega de manera tan desenvuelta con la complicidad entre personajes y autor.

En determinado momento Ana emprende la conquista de Madrid, abandona su vetusta Vetusta, como entonces era propio de los últimos románticos españoles, encaminados a la literatura, a la política, al periodismo, el arte. Ana escribe artículos, se relaciona con los intelectuales madrileños, se ilustra de amistades y amores hasta constituir una antología biográfica de la que sólo encontraríamos parecido en la George Sand francesa. Este cosmopolitismo cultural, que previsiblemente llevará a la protagonista a París, entonces capital de la gloria, tiene mucho que ver con la dimensión multinacional de Tamames, al mismo tiempo que, como queda dicho, constituye un arquetipo anticipado de lo que serían las grandes mujeres del siglo XX.

Sobre un mapamundi de novedades, inquietudes y descubrimientos que marcan la época, Tamames cataliza, como gran sociólogo que es, la Europa venidera, la de ahora mismo, pero al hacerlo mediante un personaje inventado o coinventado se opina de novelista y no tenemos sino darle la razón, ya que el juego en que nos mete es muy arriesgado, muy literario, y otros con más profesionalidad y malicia no se han atrevido a intentarlo. Estos son los grandes méritos de La segunda vida de Anita Ozores. En cuanto a los defectos, que los señale un crítico profesional, que para eso cobran.

Final

Podía dejar en el punto final de Umbral la segunda entrega de mi artículo homenaje a quien fue glorioso autor y fino observador de la realidad mundana. Pero once años después, seguimos echando de menos a Paco. Lo dije en la Universidad Autónoma, y lo repito aquí. Y dedico las dos partes de mi artículo, la primera a España, viuda de nuestro gran autor, y la segunda a Bénédicte de Buron-Bru, a quien voy a pedir que un día, terciando en la conversación que hemos tenido aquí Paco y yo, pueda decir algo sobre nuestro gran autor, y también sobre lo que ella piensa de La segunda vida de Anita Ozores.